

K.M.

FIESTA EN EL JARDÍN

Katherine Mansfield

FIESTA EN EL JARDÍN

FIESTA EN EL JARDÍN

Katherine Mansfield

© Por la traducción ALU, Editorial Pi

© José Antonio Suárez Londoño

Ilustraciones: José Antonio Suárez Londoño

Nota sobre la vida de Katherine Mansfield, del editor.

ISBN 978 958 445597-0

Información técnica

Diseño y diagramación: Miguel Suárez Londoño

Revisión de textos: José Raúl Jaramillo Restrepo

La impresión fue dirigida por Carlos Villa Ángel

Formato: 10x 15 cm.

Número de páginas: 56

Todográficas Ltda. Tel. 412 86 01.

Impreso en Medellín, Colombia.

Printed in Colombia. Septiembre de 2009.

En su composición se utilizó tipo Caslon de 11 puntos.

Se usó papel Bond de 115 gramos y cartulina de 200 gramos.



Editorial Pi.

Editor: Álvaro Lobo.

Comentarios a: alvarolu@editorialpi.com

Esta es una publicación sin fines lucrativos.

Ninguno de los ejemplares será puesto a la venta.

Página web: www.editorialpi.com

A María Eugenia Botero Arcila

La vida breve de Katherine Mansfield*

El 14 de octubre de 1888 nació en Wellington, Nueva Zelanda, Kathleen Beauchamp, quien será conocida como Katherine Mansfield, una de las más importantes escritoras de la literatura inglesa del siglo XX. Cuando tenía cinco años, su familia se mudó a un área rural, a la aldea de Karori, donde

* Esta nota de la vida de Mansfield sigue, de cerca, al ensayo de André Maurois sobre la vida y la obra de la autora, aparecido en el libro *Mágicos y lógicos*, y la introducción de John Middleton Murry al *Diario* de Katherine Mansfield.

asistió a la escuela primaria y pasó los mejores años de su infancia. Allí nació su hermano Leslie. Sus padres la consideraban lenta y sin iniciativa, y, sin embargo, a muy corta edad comenzó a escribir una especie de relato, *Julieta*, en el que describió sus sentimientos, trabajo notable para una niña.

En 1898 la familia vuelve a vivir en Wellington y al cumplir Kathleen quince años, su padre, siguiendo una tradición de las familias coloniales, envía su hija a la metrópoli para que culmine sus estudios. En Londres ingresa en el *Queens College*, en Harley Street. Vivió esos años como solía hacerlo en su hogar, como una solitaria. Soñaba y escribía. Dirigía la revista del colegio y escribía versos. Se aficionó a la música hasta convertirse en una fina ejecutante del violoncelo. Buscaba expresar, sin saberlo, el colorido que tendría para ella el mundo.

Llegó la hora, sin embargo, en que su padre le ordenó retornar a Nueva Zelanda. Pasó en

casa los dos años siguientes en una constante contrariedad por la que consideraba una vida provinciana. Escribió en su diario: “Cuando esté allí, (Wellington) me comportaré de una manera tan insoportable, que se verán obligados a traerme de nuevo a Londres”.

Su padre ahora era un hombre importante en la vida comercial del puerto; pronto será *Sir*. Amaba a su hija, comprendía muy bien que deseaba escribir y la consideraba inteligente, pero débil. Ella, por su lado, ni por un momento dejaba de pensar en la lejana Londres. Añoraba los teatros, el ambiente de esa ciudad, e inevitablemente la comparaba con la desierta vida cultural de Wellington.

Sentía en su alma una inclinación artística y deseaba ser escritora, ¿pero escribir acerca de qué y cómo hacerlo? “No puedo escribir nada; tengo muchas ideas, pero no encuentro tema. Quisiera escribir algo que fuese a la vez misterioso, bello y original”, anotó en su diario.

Sus creaciones literarias tomaron la forma de cuentos breves. En este período, por fin, su padre consigue que publiquen algunos de esos cuentos en una revista de Melbourne. Cuando el director le solicitó su biografía le respondió: “Me pide usted algunos detalles sobre mi vida... Soy pobre, oscura, tengo dieciocho años y un apetito voraz por todas las cosas, y principios tan endeblés como mi prosa”.

Deseaba con todas sus fuerzas vivir de nuevo en Londres y desarrollar una vida artística. Fue tal su determinación que su padre le permitió regresar y le asignó una pensión anual. En julio de 1908 marchó a la capital inglesa y nunca más regresaría a su hogar. Inició una vida artística dispuesta a promover la experiencia íntima. Aspiraba inmolar su vida para engrandecer su alma, como solían pensar los jóvenes artistas de aquella época en Inglaterra. Luego llegaría a lamentarlo: “No ha sido tan solo una experiencia; ha sido también una devastación y un despilfarro”.

Conoce a un profesor de canto, un tal George Bowden, once años mayor que ella, y acuerdan casarse bajo la extraña condición de que él respetará su derecho a vivir su “vida artística”, pero el matrimonio fracasa y a los pocos días se separan. Su vida discurre de un modo equívoco. Conoce a un chico, Garnet Trowell, del que espera un hijo. Su madre la lleva a Bad Wöörishhofen, un pueblo en Baviera, para ocultar el nacimiento del niño. Allí sufre un aborto.

Escribe una serie de cuentos que se reunirán en su primer libro: *En una pensión alemana*, publicado en 1911. Este libro refleja, quizá con un realismo cruel, una Alemania desapacible. Es una obra bien escrita, pero la autora pronto se desilusionó de ella. Creía haber sido injusta con la impresión que dejaba de Alemania y no permitió nuevas ediciones.

En diciembre de 1911 recibió una carta de un joven escritor, John Middleton Murry, solicitándole colaborar en una revista literaria

de Oxford que él editaba, llamada *Rhythm*. Katherine comenzó a escribir cuentos para esa revista. Fue una publicación de existencia efímera. Luego vinieron otras con vidas igualmente breves: *The Blue Review* y *The signature*.

Katherine y Murry, después de varios años de colaboración en la dirección de estas revistas, deciden unir sus vidas. Hasta ese momento sus cuentos, escritos con gran maestría, carecían de vida propia. En 1915 llega a Londres, proveniente de Wellington, su hermano Leslie para enrolarse en el ejército inglés. Ese encuentro la conecta con sus orígenes y decide recrear literariamente su pasado como lo había sentido en Nueva Zelanda. La terrible noticia de la muerte de su hermano, un mes después, produjo un dolor del que jamás se recuperó y al mismo tiempo le dio la fuerza para redefinir la dirección de su obra.

“Creo que he sabido desde hace tiempo que la vida había terminado para mí, pero nunca me di cuenta de ello ni lo reconocí

hasta la muerte de mi hermano. Sí, aunque él yace en medio de un bosquecito de Francia y yo aún camino erguida y siento el sol y el viento del mar, estoy tan muerta como él. El presente y el futuro no significan nada para mí. Ya no tengo “curiosidad” acerca de la gente; no deseo ir a ninguna parte; y el único valor posible que algo puede tener para mí es que me recuerde algo que ocurría o se daba cuando él vivía. Deseo escribir sobre esa época, y él quería que yo lo hiciera. Lo conversamos en mi pequeña buhardilla de Londres”.

El mundo y los paisajes de su infancia que le parecían insoportables cuando vivía en su país, ahora volvían para convertirse en la principal fuente de inspiración de su más refinada obra literaria.

Así surgen sus maravillosos cuentos plenos de vida.

“Ahora... ahora quiero escribir recuerdos de mi propio país. Sí, deseo escribir sobre mi propio país hasta que simplemente agote

mis recuerdos. No sólo porque se trate de una “deuda sagrada” que le pague a mi país porque mi hermano y yo nacimos allá, sino también porque en mis pensamientos recorro con él todos los lugares recordados. Nunca me aparto de ellos. Deseo renovarlos por escrito”.

Cuando publicó estos cuentos, pocos críticos los valoraron de forma adecuada. Sólo un reducido grupo de escritores ingleses rápidamente reconoció con entusiasmo su calidad. El público, por su parte, se rindió al encanto de sus cuentos y pequeños relatos: *Bliss*, *The garden-party*, etc, obtuvieron un éxito inmediato.

En 1920 aparecen los síntomas de la enfermedad que terminará con su vida. A partir de entonces erró entre Londres, las montañas suizas y la Provenza en busca de una cura para su enfermedad.

En 1922, escribir le resultaba imposible por su enfermedad y por sus ideas místicas sobre la necesidad de la purificación de su

espíritu. En octubre de ese año abandona definitivamente la escritura y entra a formar parte de una fraternidad espiritual en Fontainebleau, donde falleció el nueve de enero de 1923.

En sus cuentos del período de madurez toma personajes, ambientes, etc., y en un breve corte en el tiempo nos enseña, en esa aparente banalidad, la causa de la emoción y la admiración de la vida. Su mirada se posa sobre lo cotidiano y nos sugiere el trasfondo inquietante y frágil que sostiene a la vida.

Ciertos críticos han querido ver en su obra una influencia directa de Anton Chéjov. Sin embargo, sus estilos, los temas y las tensiones en que viven sus personajes son muy diferentes. Ambos son maestros de la concisión. Katherine Mansfield sentía una gran admiración por la obra y por el escritor, a quien nunca conoció. “¡Ah, Chéjov! ¿Por qué estás muerto? ¿Por qué no puedo conversar contigo, en una gran sala un tanto oscura, al final

de la tarde, cuando la luz es verde por los árboles de afuera que se sacuden?”.

Su obra consiste en cuentos, novelas breves y su Diario. *En una pensión alemana* (1911), *Felicidad y otros cuentos* (1920), *Fiesta en el jardín y otros cuentos* (1922), *El nido de la paloma y otros cuentos* (1923), *Algo infantil y otros cuentos* (1924) y *Diario* (1927).



FIESTA EN EL JARDÍN

Katherine Mansfield

Y después de todo el clima era ideal. Si lo hubiesen pedido, no habrían tenido un día más perfecto para la fiesta en el jardín: cálido, sin viento y con cielo despejado. Como suele suceder al principio del verano, sólo una tenue bruma dorada cubría la inmensidad azul del cielo. El jardinero trabajaba desde el alba, segando la hierba y barriéndola, hasta que el césped y las macetas de las margaritas parecieron brillar. Las rosas sentían que eran las únicas flores que impresionaban a la gente, las únicas que interesaban, por eso habían florecido en abundancia la noche anterior. Cientos

de ellas aparecieron curvando con su peso las ramas de los rosales, como si los arcángeles se hubiesen posado en ellos.

El desayuno aún no había terminado cuando los hombres vinieron a instalar el toldo.

—¿Mamá, dónde quiere que pongan el toldo?

—Querida niña, ni me lo preguntes. Este año decidí que todo lo organicen ustedes. Olvídense de que soy su madre. Trátenme como a una invitada de honor.

Pero Meg no podía ir a supervisar a los trabajadores. Había lavado su cabello antes del desayuno. Estaba sentada ante la mesa tomando café, tocada con un turbante verde que dejaba ver unos rizos adheridos a las sienes. Y Jose, la mariposa, había bajado a desayunar en enaguas de seda y en camisón.

—Tendrás que ir, Laura. Tú entiendes de eso.

Laura corrió presurosa, aún con un pedazo de pan con mantequilla en la mano. Era delicioso tener una excusa para comer al aire libre, y, además, le gustaba arreglar las cosas.

Siempre sentía que podía hacerlo mucho mejor que los demás.

Cuatro hombres en mangas de camisa estaban reunidos en un sendero del jardín. Llevaban astas cubiertas con rollos de tela y grandes bolsas de herramientas les colgaban de sus espaldas. Se veían impresionantes. Laura se arrepintió de llevar el pan, pero no había un lugar para dejarlo y no podía desde luego arrojarlo a la basura. Se sonrojó y trató de lucir severa e incluso un poco corta de vista.

—Buenos días, dijo, imitando la voz de su madre.

Pero sonaba afectada y sintió vergüenza. Tartamudeando como una niña dijo:

—¡Oh! er... ¿han venido por lo del toldo?

—Así es, señorita, dijo el más alto de los hombres. Un sujeto delgado y pecoso. Cambió de lado su bolsa de herramientas, se tocó el ala del sombrero en señal de saludo y le sonrió: —Así es, señorita.

Su sonrisa era tan fácil, tan amable que Laura recobró su aplomo. ¡Qué hermosos ojos tenía, pequeños, de un azul profundo! Y al mirar a los otros advirtió que también sonreían. “Anímate, no te morderemos”, parecían decir con su sonrisa. ¡Qué obreros tan simpáticos! ¡Y qué hermosa mañana! No tenía que mencionar la mañana; debía parecer una chica muy seria. El toldo.

—Bueno ¿les parece bien instalarlo en ese prado de lilas?

Y señaló un punto con la mano que no sostenía el pan. A una, todos se volvieron y miraron el lugar. Uno de ellos, gordo y pequeño, hizo una mueca de desaprobación. El chico alto y pecoso arrugó el entrecejo.

—No lo creo, dijo él. No es un lugar muy apropiado, usted sabe. Cuando se trata de un toldo —dijo, volviéndose hacia Laura con su sonrisa contagiosa— es necesario instalarlo en un lugar que sea como un golpe directo en el ojo, ¿me entiende?

Laura se quedó pensando por un momento en la expresión *un golpe directo en el ojo*. Acaso sería irrespetuoso de parte del trabajador. Pero lo entendió perfectamente.

—En una esquina de la cancha de tenis, surgió Laura. Pero la banda estará en la otra esquina.

—Hum, ¿habrá músicos?— comentó otro trabajador, mientras posaba su mirada en la cancha de tenis. Su rostro lucía preocupado.

—Será sólo una pequeña banda, dijo Laura con dulzura.

Tal vez el hombre no se sentiría mal si la banda fuese pequeña. ¿En qué estaría pensando? Pero el trabajador alto la interrumpió de nuevo.

—Mire, señorita. Ese es el lugar ideal. Frente a esos árboles se verá muy bien.

Frente al pequeño bosque de karakas* el toldo ocultaría los árboles y sería una pena

* Karaka es un árbol de grandes hojas brillosas, originario de Nueva Zelanda.

porque lucían encantadores con sus copas grandes y frondosas y sus racimos de frutos amarillos. Eran como los árboles que, uno imagina, crecen en una isla desierta, orgullosos, solitarios, albergando una población de pájaros de mil colores entre su follaje, levantando sus hojas y frutas al sol en una especie de esplendor silencioso. ¿Debían quedar ocultos tras un toldo?

Así sería. Ya los trabajadores habían cargado los aperos y avanzaban hacia el lugar acordado. Sólo el chico pecoso se quedó atrás. Se inclinó, arrancó una ramita de lavanda, la puso entre el índice y el pulgar, se llevó los dedos a la nariz y aspiró con deleite la fragancia. Cuando Laura observó ese gesto, olvidó por completo su preocupación por los árboles. Se maravilló de que un hombre tan rudo disfrutara la fragancia de la lavanda. ¿Cuántos hombres que ella conocía habrían hecho algo así? “Ah, cuán agradables eran estos trabajadores”, pensó. “¿Por qué no podía tener amigos como

ellos en lugar de los chicos relamidos que venían a bailar y a cenar los domingos por la noche?”. Se entendería mejor con ellos.

“La culpa de todo esto es de las distinciones absurdas de las clases sociales”, pensó, mientras observaba al sujeto alto que dibujaba algo en un sobre, algo que debía ser colgado. Bueno, por su parte, no sentía esas distinciones de clase, en lo más mínimo, ni un átomo. Y ahora escuchaba el golpeteo de los hombres con sus martillos. Uno de ellos silbó, otro cantó: “¿Estás bien allí, compañero?”. ¡Compañero! ¡Vaya, qué palabra tan amistosa! Sólo para mostrar lo dichosa que estaba, para demostrarle al chico lo cómoda que se sentía en su compañía y cómo despreciaba las convenciones sociales, Laura mordió con gran fuerza una rebanada de pan y miró con detenimiento el dibujo del sobre. Se sentía como una trabajadora.

—¡Laura! ¡Laura! ¿Dónde estás? ¡Teléfono, Laura! — gritó alguien desde la casa.

—¡Voy! —y corrió sobre el césped, a lo largo del sendero, por las galerías y se detuvo en el pórtico. En la sala, su padre y su hermano Laurie cepillaban sus sombreros para ir a la oficina.

—Oye, Laura, dijo Laurie muy rápido—: ¿podrías cepillar mi abrigo antes de esta tarde? Mira si es necesario plancharlo.

—Lo haré—dijo ella. De repente, sin poder controlarse, se acercó a su hermano y le dio un abrazo. — ¡Oh, me encantan las fiestas! ¿A ti también?

—Desde luego—dijo Laurie con su encantadora voz y acarició con ternura a su hermana.

—Ve a contestar el teléfono.

El teléfono. “Sí, sí, por supuesto. ¿Kitty? Buenos días, querida. ¿Vienes a almorzar? Encantada, desde luego. Sólo será una comida liviana, algo de sándwich y de merengue que haya sobrado. ¿No es una mañana perfecta? ¿El blanco? Oh, sin duda... Un momento que mi madre me llama”.

Laura dejó el teléfono y gritó: —¿Qué, madre? No puedo oírte.

La voz de la señora Sheridan flotaba por las escaleras.

—Dile que se ponga ese precioso sombrero que tenía el domingo.

—Mamá dice que te pongas ese hermoso sombrero que tenías el pasado domingo. Bueno. A la una en punto. Adiós.

Laura colgó el teléfono, se llevó los brazos a la cabeza, aspiró con fuerza, se desperezó y dejó caer sus brazos lentamente.

¡Uf!, suspiró; enseguida se puso de pie y se quedó inmóvil escuchando. Todas las puertas de la casa parecían estar abiertas. La casa estaba viva, se escuchaban susurros y pasos suaves y rápidos. La puerta de paño verde que daba acceso a la cocina se cerraba y abría produciendo un golpe sordo. Ahora le llegaba un sonido extraño, como de risas ahogadas. Era el piano arrastrado sobre sus rodachinas. ¡Pero el aire! Si uno se detiene a observar ¿será el

aire siempre así? Suaves ráfagas de aire jugueteaban en la parte alta de las ventanas y las puertas. Dos diminutas manchas de sol también jugueteaban, una en el tintero y otra en el marco de plata del portarretratos. Queridas manchas. Especialmente la del tintero, estaba tibia, era una pequeña estrella de plata, provocaba besarla.

Repicó el timbre de la puerta y enseguida se escuchó el murmullo de la falda de Sadie. La voz de un hombre susurró algo. Sadie respondió con impaciencia:

—Le aseguro que no sé. Espere. Preguntaré a la señora Sheridan.

—¿Qué sucede, Sadie?—preguntó Laura al entrar en la sala.

—Es el hombre de la floristería, señorita Laura.

Justo en la puerta estaba un amplio recipiente colmado de macetas de lirios de color rosa. De ninguna otra clase de flores. Nada

más que lirios. Grandes flores de color rosa con tallos brillantes carmesíes.

—¡Oh, Sadie!, dijo Laura, y su voz se escuchó como un pequeño lamento. Se inclinó como para calentar sus manos en el cálido fuego de los lirios. Los sintió en sus dedos, en sus labios, creciendo en su seno.

—Es un error, dijo Laura débilmente.

—Nadie pudo ordenar tantos. Sadie, ve y dile a mi madre.

Pero en ese momento la señora Sheridan apareció:

—Es cierto, dijo con calma.

—Sí, las he ordenado. ¿No son adorables? La señora Sheridan acarició con ternura el brazo de Laura.

—Pasé por la tienda ayer y de repente pensé que por una vez en mi vida voy a tener suficientes lirios. La fiesta en el jardín será una buena excusa.

—Pero dijiste que no intervendrías en la organización de la fiesta, dijo Laura.

Sadie había desaparecido. El hombre de las flores aún permanecía junto a su camioneta. Laura puso su brazo alrededor del cuello de su madre y suavemente, muy suavemente, le mordió la oreja.

—Mi querida niña, te gustaría tener una madre sensata, ¿verdad? No hagas eso. Aquí vuelve el hombre.

Llevó todavía más lirios, otro recipiente lleno de flores.

—Póngalas en el vestíbulo a cada lado del pórtico, por favor, indicó la señora Sheridan.

—¿No te parece, Laura?

—Oh, sí, madre.

En la habitación Meg, Jose y el bueno de Hans por fin habían logrado acomodar el piano.

—Ahora, si ponemos este diván contra la pared y sacamos todo de la habitación, excepto las sillas, ¿no les parece?

—Desde luego.

—Hans, mueva estos cuadros a la sala de fumar y lleve un cepillo para sacar esas mar-

cas de la alfombra y Hans... Jose adoraba dar órdenes a los criados y ellos disfrutaban obedeciéndole. Ella siempre los hacía sentir que estaban tomando parte de una acción dramática.

–Dígale a mi madre y a la señorita Laura que vengan pronto.

–Muy bien, señorita Jose.

Jose se dirigió a Meg.

–Quiero escuchar cómo suena el piano, acaso me inviten a cantar esta tarde. Vamos a intentarlo con *La vida es difícil*.

¡Pom! ¡Ta-ta-ta-ta-ti-ta! El piano sonó con tanta pasión bajo los dedos de Meg que cambió el rostro de Jose. Juntó sus manos, miró triste y enigmáticamente a su madre y a Laura cuando entraron a la estancia y comenzó a cantar.

La vida es difícil,

Una lágrima, un suspiro.

Un amor que termina,

La vida es difícil,

Una lágrima, un suspiro.

Un amor que termina,

Y luego un... ¡Adiós!

El piano repetía los acordes tristes, pero en la palabra “Adiós” el rostro de Jose irradiaba una contagiosa felicidad.

—¿Te gusta mi voz, madre?

La vida es difícil

La esperanza llega con la muerte

Un sueño, un despertar.

Pero ahora Sadie interrumpió.

—¿Qué sucede, Sadie?— preguntó la señora Sheridan.

—Sí, la cocinera pregunta por la lista de los sándwiches.

—¿La lista de los sándwiches, Sadie?, repitió distraída la señora Sheridan. Y por su cara las niñas supieron que había olvidado por completo la lista.

—Déjame ver. Y dijo a Sadie con firmeza: Dile a la cocinera que en diez minutos la tendrá. Sadie salió.

—Ahora, Laura, dijo la madre rápidamente, ven conmigo a la sala de fumar. Tengo los nombres en algún lugar, en la parte de atrás de un sobre. Tendrás que escribirlos por mí. Meg, ve arriba de inmediato y quítate esa cosa mojada que llevas en la cabeza. Jose, acompaña a tu hermana y termina de vestirse en este momento. ¿Me oyen, niñas, o tendré que quejarme con su padre cuando venga a casa esta noche? Y, Jose, luego irás a la cocina para calmar a la cocinera. ¿Quieres? Esta mañana le tengo terror.

El sobre con la lista fue encontrado por fin detrás del reloj de comedor, aunque la señora Sheridan no podía imaginarse cómo había llegado allí.

—Una de ustedes lo debe haber sacado de mi cartera porque recuerdo claramente... crema de queso y limón ¿Has copiado eso?

—Sí.

—Huevo y... —La señora Sheridan alejaba el sobre buscando la luz para leer.

–Parece decir ratones...No puede ser ratones, ¿cierto?

–Aceitunas, dijo Laura mirando por encima de su hombro.

–Sí, por supuesto, aceitunas. ¡Qué horrible combinación: huevo y aceitunas.

Al fin terminaron la lista y Laura la llevó a la cocina. Jose se encontraba allí tranquilizando a la cocinera, quien tenía un aspecto apacible.

–Nunca he visto tal variedad de exquisitos sándwiches, dijo con entusiasmo Jose.

–¿Cuántos tipos son?
¿Quince?

–Quince, señorita Jose.

–Bueno, la felicito.

La cocinera limpió los restos de pan de los sándwiches con un largo cuchillo, y sonrió feliz.



—El chico de la casa Godber ha llegado, anunció Sadie, saliendo de la despensa. Lo había visto pasar por la ventana.

Esto significaba que los pasteles de crema habían llegado. Los pasteles Godber eran famosos y nadie pensaba en hacerlos en casa.

—Tráelos y ponlos sobre la mesa, mi niña, ordenó la cocinera.

Sadie los trajo y volvió a la puerta. Por supuesto, Laura y Jose estaban lo suficientemente grandes para preocuparse por unos dulces, pero de todos modos no dejaron de reconocer que los pasteles se veían muy apetitosos. La cocinera comenzó a organizarlos, quitándoles el exceso de azúcar.

—¿No te recuerdan todas las fiestas a las que hemos ido? —preguntó Laura.

—Supongo que sí, dijo Jose, a quien no le gustaba pensar en el pasado. —Se ven livianos como plumas.

—Cada una tome un pastel, dijo la cocinera con una sonrisa pícara. —La señora Sheridan no se enterará.

Oh, imposible, ¡pasteles de crema enseguida del desayuno!, la sola idea hacía estremecer. Pero dos minutos después Jose y Laura estaban chupándose los dedos con ese aire absorto que sólo da paladear la crema batida.

—Vayamos al jardín por la puerta de atrás, sugirió Laura. —Quiero ver cómo va el trabajo de los hombres que están instalando el toldo. Son encantadores.

Pero la puerta de atrás estaba bloqueada por la cocinera, Sadie, el chico de la casa Godber y Hans. Algo había sucedido.

Tack-tack-tack, cacareaba la cocinera como una gallina acobardada. Sadie sostenía su mano en la mejilla, como si le doliera una muela. El rostro de Hans reflejaba el esfuerzo por comprender lo que sucedía. Sólo el chico de la casa Godber parecía disfrutar de la escena.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—Hubo un terrible accidente, dijo la cocinera.

—Un hombre ha muerto.

—¿Un hombre muerto? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Pero el chico de Godber no iba a dejarse arrebatar una historia como esa delante de sus narices.

—Señorita, ¿conoce esas casitas de campo justo al frente de esta casa? ¿Conocerlas? Por supuesto, las conocía muy bien. Bueno, allí hay un joven cuyo nombre es Scott. A su caballo lo asustó esta mañana un camión y lo tiró de cabeza en la esquina de la calle Hawke. Murió.

—¡Muerto! Laura miró fijamente al chico de Godber.

—Sí, señorita, cuando lo recogieron ya estaba muerto. Cargaban el cadáver a su casa cuando pasé por allá hace unos pocos minutos.

Y dirigiéndose a la cocinera agregó:

—Deja una esposa y cinco pequeños.

—Jose, ven aquí, dijo Laura, en tanto tomaba a su hermana por la manga y la arrastraba a través de la cocina hasta la puerta. Allí hizo una pausa, se inclinó y le preguntó horrorizada:

—¿Cómo haremos para suspender la fiesta?

—¿Suspender la fiesta?, exclamó Jose con asombro.— ¿Qué quieres decir?

—Suspender la fiesta en el jardín, por supuesto. ¿En qué estará pensando Jose?

Pero Jose se sorprendía aún más.

—¿Suspender la fiesta en el jardín? Mi querida Laura, no seas absurda. Por supuesto, no podemos hacer nada al respecto. Nadie espera eso de nosotras. No seas extravagante.

—Pero no podemos tener una fiesta en el jardín con un hombre muerto justo en las afueras de la casa.

Realmente era exagerado porque la casita de los Scott estaba más allá, sobre el camino en la pendiente que comenzaba a veinte metros de la casa de los Sheridan y los separaba, además, una amplia carretera. Se encontraban cerca.

Sí, pero era tal el contraste social entre la casa de los Sheridan y aquellas casitas deterioradas y pobres, que estaban a kilómetros de distancia. Eran viviendas pintadas de color marrón. En sus jardines no había más que tallos de col, gallinas apestadas y latas de tomate vacías por doquier. El humo que se escapaba de las chimeneas reflejaba la pobreza: harapos y jirones de humo, a diferencia de aquellos plumajes de plata que salían de la chimenea de los Sheridan.

Vivían allí lavanderas, deshollinadoras y zurcidoras con sus maridos, y un hombre solitario que tenía el frente de su casa cubierto de jaulas atestadas de pájaros. La calle era invadida por niños que vagabundeaban todo el día. Cuando las niñas Sheridan eran pequeñas se les prohibió poner un pie allí a causa del lenguaje sucio que pudieran escuchar y para evitar el contagio de enfermedades. Pero cuando fueron un poco mayores, Laura y su hermano Laurie habían realizado excursiones por el lugar. Era repugnante y sórdido. Salieron es-

tremecidos, pero hay que ir a todas partes y hay que verlo todo. Por eso habían ido.

—Imagina cómo sonará en los oídos de aquella mujer la música de la banda —dijo Laura.

—¡Oh, Laura!— Jose comenzó a sentirse molesta. —Si vas a detener una banda de música cada vez que alguien tiene un accidente, llevarás una vida muy aburrida. Me siento tan conmovida como tú por esa muerte— Sus ojos reflejaban dureza. Miró a su hermana como solía hacerlo cuando eran pequeñas y reñían. —No vas a traer a un obrero borracho de vuelta a la vida por ser sentimental— dijo suavemente.

—¡Borracho! ¿Quién dijo que estaba borracho?— gritó Laura, furiosa. Dijo, tal como solía decirlo en esas ocasiones: —Voy a decírselo a nuestra madre.

—Hazlo, querida —dijo Jose con dulzura.

—Madre, ¿puedo entrar?— Laura hizo girar el picaporte de vidrio.

—Por supuesto, hija. ¿Qué te pasa? ¡Estás pálida! Y la señora Sheridan se dio la vuelta. Estaba probándose un nuevo sombrero.

—Madre, un hombre acaba de morir, comenzó Laura.

—¿No en el jardín?, interrumpió su madre.

—¡No, no!

—¡Oh, qué susto me diste! La señora Sheridan suspiró con alivio, se quitó el sombrero y lo dejó en su regazo.

—Escucha, madre— dijo Laura sin aliento, ahogándose por la emoción y contó la terrible historia. —Desde luego no podremos tener nuestra fiesta en el jardín, ¿verdad? Lo dijo con un tono de súplica.— Con la banda y con toda la gente que vendrá nos escucharán porque son vecinos muy cercanos.

Para asombro de Laura, su madre se comportó justo como Jose; era aún más difícil porque parecía divertirse. Se negaba a tomar en serio a su hija.

Pero, querida hija, usa el sentido común. Sólo por accidente hemos oído hablar de él. Si alguien hubiese muerto allí normalmente –y no puedo entender cómo se mantienen vivos en esos agujeros apestosos– aun haríamos nuestra fiesta en el jardín. ¿Es así?

Laura tuvo que decir “sí” a eso, pero sentía que había un equívoco en esa forma de razonar. Se sentó en el diván de su madre y jugueteó con los flecos del cojín.

–Madre, ¿no es terriblemente cruel de parte nuestra?– preguntó.

–Querida– La señora Sheridan se levantó, se acercó a la niña llevando el sombrero y antes de que Laura pudiera detenerla se lo puso.

–Mi niña– dijo la madre –El sombrero es para ti. Es muy juvenil para mí.

–Nunca te he visto tan hermosa. ¡Mírate!– Y sostuvo el espejo ante el rostro de Laura.

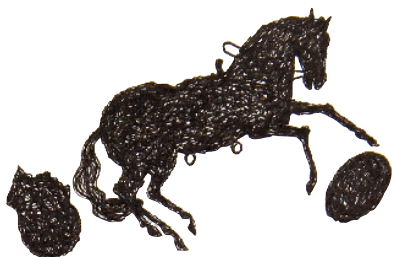
–Pero, madre– Laura comenzó de nuevo. No quería verse reflejada; se volvió de lado.

Esta vez la señora Sheridan perdió la paciencia, al igual que lo había hecho Jose.

—No te comportes de forma tan absurda, Laura— dijo fríamente. —La gente no espera esa clase de sacrificios de parte nuestra. Y no es muy considerado arruinar la diversión de todos como lo estás haciendo ahora.

—No entiendo—, dijo Laura y caminó rápidamente hacia su habitación.

Allí, casi por casualidad, lo primero que vio fue una encantadora muchacha en el espejo, con su sombrero negro bordado con margaritas doradas y una larga cinta de terciopelo negro. Nunca había imaginado que podría lucir así. ¿La madre tendría razón? Deseó que su madre tuviera razón. ¿Seré extravagante? Quizá. Sólo por un momento tuvo una visión borrosa de aquella pobre mujer, los niños pequeños y el cadáver que llevan a la casa. Pero todo se difuminó, se tornó irreal, como una foto antigua.



—Lo recordaré de nuevo después de la fiesta, decidió. Y de algún modo pensó que ese era el mejor el plan...

El almuerzo terminó a la una y media. Una hora después todos estaban listos para iniciar la fiesta. Los músicos uniformados con chaquetas verdes ya estaban preparados con sus instrumentos en una esquina de la cancha de tenis.

—¡Querida!— trino Kitty Maitland —Esos músicos parecen ranas. Bien podrían ponerlos alrededor del estanque y al director, con la partitura, en el centro sobre un nenúfar.

Llegó Laurie, las saludó y pasó a vestirse. Al verlo, Laura pensó de nuevo en el hombre muerto. Quería contarle toda la historia. Si él pensaba igual que los otros, entonces tendrían razón. Y lo siguió a la terraza.

—¡Laurie!—

—¡Hola!— Estaba en la mitad de las escaleras, cuando dio la vuelta y vio a Laura. Su rostro hizo un gesto muy simpático. —Palabra, Laura, te ves genial, dijo Laurie. —¡Qué sombrero más elegante!

Laura dijo débilmente — ¿Lo crees?— sonrió y se olvidó de contarle la historia.

Poco después los invitados llegaron en grupos numerosos. La banda comenzó a tocar y los meseros corrían de la casa al toldo. Dondequiera que se mirara había parejas paseando, muchachas que se inclinaban a examinar las flores, y hombres y mujeres que se saludaban y luego paseaban por el jardín.

Diríase que eran como aves brillantes que se habían posado en el jardín de los Sheridan en esta tarde, en su camino hacia... ¿hacia dónde? ¡Ah!, qué felicidad es estar en compañía de gentes que están contentas, estrechar sus manos, besar sus mejillas, sonreírles en los ojos.

–¡Querida Laura, qué bien te ves!

–¡Qué bien te sienta ese sombrero!

–Laura, pareces una española. Nunca te había visto tan bonita. Y Laura respondía suavemente –¿Ya tomaron el té? ¿Les gustaría un helado? Los de frutas son realmente exquisitos. Corrió hacia su padre y le suplicó. –Papá querido, los músicos están sedientos, ocúpate de ellos.

Y esa tarde perfecta maduró lentamente, se marchitó lentamente, cerró poco a poco sus pétalos.

–Nunca habíamos estado en una fiesta tan... El mayor éxito... Agradecemos... Laura ayudó a su madre con la despedida de los invitados. Las dos estuvieron en el vestíbulo hasta que todos se marcharon.

–Por fin ha terminado, gracias al cielo, dijo la señora Sheridan. –Reúne a los demás, Laura. Vamos a tomar un café fresco. Estoy agotada. Sí, ha sido un gran éxito. Pero, oh,

estas fiestas, estas fiestas. ¿Por qué insistirán mis hijos en dar estas fiestas?

Y todos ellos se sentaron bajo el toldo frente al desierto jardín.

—Toma un sándwich, papá, dijo Laura.

—Gracias—. El señor Sheridan comió el sándwich de un sólo bocado. Tomó otro.

—Supongo que no han oído de un terrible accidente que ocurrió hoy, dijo.

—Mi querido, dijo la señora Sheridan, levantando su mano como para detenerlo. —Lo supimos. Casi arruina la fiesta. Laura insistía en que suspendiéramos la fiesta.

—¡Oh, madre! Laura no quería que se burlaran de ello.

—Fue en todo caso un asunto terrible, dijo el señor Sheridan. —El sujeto estaba casado. Vivía al final de la calle, deja una esposa y una media docena de niños, según dicen.

Se hizo un silencio incómodo. La señora Sheridan jugueteaba con su taza. Realmente, era una falta de tacto que su marido...

De repente, observó que en la mesa había toda clase de bocadillos, pasteles, sándwiches que irían a parar a la basura. Entonces tuvo una de sus ideas brillantes.

Ya sé, dijo. –Vamos a hacer una cesta con todos estos alimentos y los enviaremos a esa pobre gente. En cualquier caso será un placer para esos niños. ¿No les parece? Sus vecinos irán a visitarlos. Será muy útil que tengan todo listo.

–¡Laura!; se puso de pie con energía–
Tráeme la cesta grande que está debajo de la escalera.

–Pero, mamá, ¿realmente crees que es una buena idea?, dijo Laura. Una vez más, qué curioso, sentía de un modo distinto a los otros. Llevar las sobras de la fiesta a la viuda. ¿A la pobre mujer le gustaría?

–¡Desde luego! ¿Qué pasa contigo hoy? Hace unas horas insistías en que nos mostrásemos compasivas con ella y ahora...

Laura corrió por la cesta. La madre la colmó.

—Llévala tú misma, Laura. Ve así como estás. No, espera, lleva también los lirios tropicales, a esa gente le impresionan mucho esa clase de flores.

—Los tallos arruinarán su vestido de encaje, dijo Jose, siempre práctica.

—Es cierto. —Sólo llévalas la canasta, Laura. Su madre la siguió fuera del toldo—. De ningún modo te...

—¿Qué, madre?

No, era mejor no poner esas ideas en la cabeza de la niña.

—Nada, vete.

Anocheecía cuando Laura salió por la puerta del jardín. Un gran perro pasó veloz como una sombra. El camino resplandecía por la blancura de la grava y las piedrecillas. Las pequeñas casas de campo se divisaban en la penumbra de la pendiente. ¡Cómo lucía todo tranquilo después de aquella tarde! Aquí iba ella por la colina rumbo a la casa donde yacía un hombre muerto y parecía no preocu-

parla su misión. ¿Por qué no se preocupaba? Se detuvo un minuto. Y sintió que los ruidos de la fiesta, los besos, las voces, el tintineo de las cucharas, la risa, el olor de la hierba estaban de alguna manera dentro de ella. No tenía lugar para nada más. ¡Qué raro! Miró el pálido cielo y todo lo que pensó fue: “Sí, la fiesta en el jardín fue un éxito”.

Ahora se encontraba al otro lado de la carretera, donde comenzaba la pendiente oscura de las casitas. Todo parecía cubierto de un velo oscuro. Veía mujeres tocadas con chales y hombre con grandes gorras cubriéndoles sus ojos. Veía a algunos hombres en las empalizadas. Los niños jugaban en los umbrales. Un rumor sordo provenía de las viviendas. En algunas de las casas observaba un parpadeo de la luz y una sombra, como el cangrejo, se veía a través de las ventanas. Laura bajó la cabeza y apresuró su marcha.

Deseaba ahora haberse puesto un abrigo para ocultar la belleza de su vestido. Y el

gran sombrero con la cinta de terciopelo. Si hubiese tenido otro sombrero. ¿La miraba la gente? Sin duda. Era un error haber venido. ¿Debería regresar incluso ahora?

No, demasiado tarde. Esta era la casa. Debe ser. Un amplio y triste grupo personas se encontraban al frente de la casa. Junto a la puerta se hallaba una anciana con una muleta sentada en una silla. Tenía bajo sus pies un periódico. Las voces se detuvieron cuando Laura se acercó y el grupo se apartó para que ella ingresara a la casa. Laura estaba terriblemente nerviosa. Echó la cinta de terciopelo sobre su hombro y dijo a una mujer:

—¿Es esta la casa de la señora Scott?

Y la mujer, sonriendo, dijo:

—Sí, aquí es, niña.

Oh, deseaba estar lejos de allí. “Ayúdame, Dios mío”, pensó Laura, abriéndose paso en medio de la fila de curiosos y golpeó la puerta. Quería estar lejos de esas miradas inquisidoras. Si al menos pudiese cubrir su traje de fies-

ta, así fuese con un chal de los que llevaban esas mujeres.

“Voy a dejar la canasta y me iré”, pensó. “Ni siquiera voy a esperar a que me den las gracias”.

Luego se abrió la puerta. Una mujer de negro surgió de la oscuridad.

Laura dijo:

—¿Es usted la señora Scott?

Pero, para su horror, la mujer respondió:

—Entre por favor, señorita.

—No— dijo Laura—No puedo entrar, sólo quiero dejar esta cesta. Mi madre...

La mujer no parecía haberla escuchado.

—Pase por aquí, por favor, señorita, dijo con una voz indolente y Laura la siguió.

Se encontró de repente en una cocina miserable, iluminada por una lámpara humeante. Había una mujer sentada ante el fuego.

Em, —dijo la pequeña criatura que la había dejado entrar.— ¡Em! Aquí hay una señorita.

Se dio vuelta hacia Laura y dijo: – Soy su hermana, señorita. Usted comprende, ¿verdad?”.

¡Oh, pero por supuesto! dijo Laura. –Por favor, por favor no la moleste. Sólo quiero dejar...

Pero en ese momento la mujer que estaba junto al fogón dio vuelta. Su rostro, casi oculto por el chal, lucía terrible con los ojos y los labios hinchados. Parecía no comprender por qué Laura estaba ahí. ¿Qué significaba? ¿Qué hacía esta desconocida elegante, de pie en su cocina con una cesta en la mano? ¿De qué se trataba todo esto? Y de nuevo giró su cuerpo hacia el fogón.

–Em, no te preocupes, daré las gracias a la señorita, dijo la mujer que guiaba a Laura por la casa.

–Usted comprenderá su situación, discúlpela. Su rostro intentó sin éxito dibujar una sonrisa.

Laura sólo quería salir para escapar. Se halló de nuevo en el pasillo en penumbras. La

puerta se abrió y fue a dar directamente a la habitación donde yacía el hombre.

—¿Quiere verlo? No tenga miedo, mi niña. Y ahora su voz sonaba cariñosa. Con ternura levantó la sábana.

—Quedó igual, acérquese, señorita.

Laura se acercó.

Era un hombre joven, dormido, profundamente dormido. Parecía estar lejos, muy lejos, en una región remota. Lucía tranquilo, como si soñara plácidamente; no debía ser despertado. Su cabeza estaba apenas hundida en la almohada; sus ojos ciegos tras los párpados cerrados. Se hallaba entregado a su sueño. ¿Qué podían importarle la fiesta en el jardín, las cestas, los encajes y los sombreros? Él estaba lejos de todas esas cosas. Estaba hermoso, maravillosamente bello.

Mientras en la fiesta reían y la banda tocaba, al lado, en las casas de los pobres sucedía esta maravilla. Este hombre era feliz... Todo

está bien, decía este rostro. Así es como debe ser. Estoy contento.

A pesar de todo, hacía llorar. No podía marcharse del cuarto sin decir algo. Laura emitió un sollozo infantil fuerte.

—Perdone por traer puesto este sombrero, dijo.

Y esta vez no esperó a que la hermana de Em la guiase en su camino de regreso; pasó rauda por entre el grupo de personas que se hallaba en la puerta. En la esquina se reunió con Laurie.

Laurie surgió de la sombra. — ¿Eres tú, Laura?

—Sí.

—Nuestra madre está inquieta. ¿Todo está bien?

—Sí, bastante bien. ¡Oh, Laurie! Tomó el brazo de su hermano y se inclinó sobre su pecho.

—¿Estás llorando, Laura?

Laura negó con la cabeza, pero estaba llorando.

Laurie puso su cálido brazo alrededor de su hombro— ¿Te asustaste?

—No, sollozó Laura.— Fue simplemente maravilloso. Pero, Laurie... Se detuvo, miró a su hermano. — ¿No te parece que la vida es...— titubeó. — La vida es...Pero qué era la vida, no podía explicarlo. No importa. Él lo había comprendido.

—¿Te parece, querida?, dijo Laurie.

Fin

